

“Nosotras sencillamente, sin más”. Intimidad y compromiso en la literatura del yo de Ernestina de Champourcin y Carmen Conde

Alessia CASSANI
Università di Genova

Resumen

El epistolario entre Carmen Conde y Ernestina de Champourcin evidencia cómo la escritura autobiográfica se transforma en un acto de afirmación personal y resistencia colectiva. Mediante cartas, diarios y memorias, ambas autoras tejen una red intelectual y afectiva transnacional que permite reivindicar la voz femenina en un contexto marcado por la represión y el exilio. Así, lo íntimo se convierte en testimonio histórico y la literatura del yo en un espacio de sororidad, memoria y compromiso.

Palabras clave: Ernestina de Champourcin, Carmen Conde, autobiografía, epistolarios, exilio.

Abstract

The correspondence between Carmen Conde and Ernestina de Champourcin shows how autobiographical writing becomes an act of personal affirmation and collective resistance. Through letters, diaries and memoirs, they weave a transnational intellectual and affective network that reclaims women's voices in a context of exile and repression. In this way, the intimate turns into historical testimony, and life writing into a space of sisterhood, memory and commitment.

Keywords: Ernestina de Champourcin, Carmen Conde, Autobiography, Letters, Exile.

1. CARMEN CONDE Y SUS REDES

No son estas páginas (y lo advertí anteriormente) las que se consideran MEMORIAS formales y acostumbradas. Tampoco guardan el orden para lo vivido.

Lo que retienen todos los capítulos es la resonancia de mis propios años y, si se alteran, en el fondo todo sigue un orden. No son, por lo tanto, un hilo sin cortar el de la posible lectura.

Espero y deseo que la paciente tolerancia del lector acierte a unir esos cabos del intermitente hilo, hasta encontrarse conmigo.

Total: una mujer que nació para casi todo: trabajo, literatura, amor, mucho dolor y pocas alegrías; sinceridad, lealtad y gratitud hasta el fin.

Si es verdad que recibí amor, mucho más yo lo di. (Conde, 1986: 7)

Con estas palabras, Carmen Conde introduce el tercer volumen de sus memorias, *Por el camino, viendo sus orillas* publicado en tres tomos en 1986. La aclaración resulta apropiada, pues la gran escritora, que cuando decidió publicar sus memorias estaba ya próxima a los 80 años, en lugar de reconstruir su vida a través de páginas autobiográficas que ayuden a interpretarla y recordarla, publica una obra compleja, fragmentaria, con textos de diversa inspiración. Hay páginas de un diario escritas en varias épocas (de los años 30 a los 80 del siglo XX), textos que podríamos definir de biografía novelada en los cuales habla de sí en tercera persona, cartas escritas o recibidas, poemas ya publicados o inéditos, recuerdos de infancia, reflexiones sobre temas varios, apuntes de viaje, notas biográficas preparadas para alguna conferencia, citas de otros escritores, etc. Los textos se suceden sin orden cronológico, se puede pasar de un documento de los años 30 a otro de los años 80, volviendo después a las décadas anteriores. Este esquema (o ausencia de esquema) se repite en los tres volúmenes, y las páginas más recientes se encuentran en el segundo y no en el tercero, como se podría pensar.

Carmen Conde era una escritora, y una mujer, dotada de un gran orden mental, de una verdadera obsesión por catalogarlo todo, como demuestra el archivo del Patronato Conde-Oliver, que conserva una cantidad excepcional de material perteneciente al matrimonio Carmen Conde-Antonio Oliver, conservados con meticulosidad a lo largo de décadas. Resulta, por tanto, poco verosímil que la estructura fragmentaria y aparentemente caótica de sus *Memorias* responda a una incapacidad para organizar sus recuerdos; más bien, todo indica que se trata de una elección deliberada, un gesto consciente de la autora para proponer al lector una obra elusiva y abierta a varias interpretaciones.

Conde se nos presenta aquí como el “jardín del Escorial” de su homónimo poema, que no se entrega “al que va de paso” y, al contrario, se deja conocer solo por quien sabe apreciar su belleza escondida (Conde, 1967a: 260). Por eso va sembrando en las páginas informaciones más o menos ocultas que pueden ayudar a conocerla, si no se pasa demasiado rápido. No sorprende que alguien se haya sentido defraudado al leer estos volúmenes, esperando alguna confesión o por lo menos que la autora ofreciera abiertamente una faceta inédita de sí. Por ejemplo, la académica y crítica literaria Anna Caballé, por cierto especializada en biografías y estudios de género, confiesa su perplejidad al leer por primera vez *Por el camino, viendo sus orillas*, pues “el libro parecía escrito en clave o con el deseo de no ser entendido, al menos no del todo, circunstancia verdaderamente curiosa tratándose de un ejercicio autobiográfico” (Caballé, 2021). Efectivamente, la misma Conde admite su dificultad para revelarse:

me cuesta trabajo *volver* sobre el camino pasado y conservo el pudor que no me dejará nunca emplear mis más íntimos sentires. No es fácil, ni posible a veces, abocarse a descripciones de hechos, que solo pertenecen a lo más hondo del ser. Envidia (solo en parte) a los escritores, no españoles, que afrontan sus confesiones más atrevidas. A mí se me está vedada tanta franqueza ante lo vivido a solas o con quien más quisiere. (Conde, 1986, III: 216)

Ese pudor que impide a Carmen Conde revelarse plenamente en la prosa autobiográfica desaparece, sin embargo, en el territorio de la poesía, y muy

especialmente en la poesía amorosa, donde su voz emerge con una sinceridad abrumadora. Dámaso Alonso, al referirse a *Ansia de la gracia*—y en particular a los poemas eróticos que abren el volumen—, destaca en ellos una audacia y una franqueza insólitas: “tienen ya una nota de valentía, de enorme sinceridad. Dudo que labios de mujer española hayan hablado alguna vez del amor con tanta verdad” (Alonso, 1952: 360-361). Y añade, de forma elocuente: “Nunca una palabra condensa el sentido total de una poesía, pero si quisiéramos definir la de Carmen Conde, pasión sería lo primero que nos vendría a la boca” (Alonso, 1952: 359).

No obstante la intensidad emocional que impregna su poesía amorosa, es preciso reconocer que el objeto de su deseo permanece a menudo velado: se disimula tras pronombres indefinidos, imágenes de secreto y ocultamiento, metáforas de fusión con la naturaleza o alusiones elípticas. Prosa, poesía y hasta su literatura del yo convergen así en la construcción de un delicado velo simbólico, tras el cual se intuye la biografía de la autora, sin que esta llegue nunca a revelarse del todo. Su propio biógrafo (Ferris 2007) admite que las Memorias de Conde aportan escasa información fiable para reconstruir su vida¹. Es, en cambio, el vasto archivo del Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver², con sus 36.000 cartas escritas a lo largo de siete décadas, junto a diarios, borradores y anotaciones de diversa índole, el que constituye la verdadera cartografía íntima de la escritora. Ese universo de palabras cuidadosamente conservadas se ofrece como una invitación implícita a leer entre líneas, a descubrir, en los intersticios del texto, los signos dispersos de una identidad que se resiste a ser plenamente dicha, pero que deja huellas suficientes para ser interpretada³.

Por ejemplo, las cartas intercambiadas entre Carmen Conde y Amanda Junquera—durante los períodos en que la distancia física, impuesta por viajes de trabajo o vacaciones, las mantenía separadas— arrojan luz sobre una relación amorosa y de profunda compenetración espiritual que se prolongó a lo largo de toda una vida. Más allá de su valor estrictamente biográfico, esta correspondencia permite una lectura semiótica de diversos poemas de Conde, en los que se despliegan símbolos y alusiones cuya carga emocional solo se revela plenamente al confrontarlos con las palabras íntimas compartidas en esas cartas.

Desde su juventud más temprana, la epístola fue para Carmen Conde una vía privilegiada de expansión intelectual, un medio para proyectarse más allá del horizonte limitado de su entorno y establecer vínculos con el mundo literario al que aspiraba

¹A partir de la segunda mitad del siglo XX, se desarrolla una nueva perspectiva crítica sobre la autobiografía, que deja de concebirse como una simple reproducción de la vida real para ser entendida como un proceso de construcción o reconstrucción del sujeto. Como señala Juan A. Godoy Peñas (2021: 50), esta transformación implica una redefinición del concepto de verdad en el discurso autobiográfico: ya no se trata de una verdad objetiva o testimonial, sino de una forma de verosimilitud que ha sido denominada “verdad autobiográfica”. En palabras de Darío Villanueva, se trata de una “ficción para quien escribe, pero una verdad para quien lee” (Godoy Peñas, 2021: 50). Sobre la escritura autobiográfica, véase, entre otros, Montiel Rayo (2018) y Puzuelo Yvancos (2006).

² <https://patronatocondeoliver.cartagena.es/>.

³ Afortunadamente en los últimos años se está publicando mucho de este material, en particular señalamos los epistolarios Cegarra Salcedo; Conde, 2018; Conde; Junquera, 2021 y el volumen Conde, 2021.

pertenecer. Proveniente de un contexto ajeno al universo intelectual –su madre veía con inquietud su precoz vocación para la escritura–, la joven encontró en la correspondencia un espacio de libertad y crecimiento. Así, a través del intercambio de cartas, tejió desde sus inicios una red de amistades y complicidades que no solo le permitió insertarse en los circuitos culturales de su tiempo, sino que alimentó su identidad de autora en formación, al conectar con interlocutores que compartían su fervor por la palabra. Como señala Fran Garcerá,

una jovencísima Carmen Conde, con tan solo diecisiete años, ha comenzado a confeccionar una red de amistades, colaboración literaria y legitimación autoral que expandirá a lo largo de su vida. Y lo hizo al superar las barreras impuestas a la mujer, así como también las fronteras de su propia región y de España. Tanto fue así, que en la actualidad puede constatarse que Carmen Conde fue el centro de una de las redes literarias más potentes de nuestro país durante el siglo XX, de la que tenemos constancia gracias a la pervivencia de su archivo epistolar. (Garcerá, 2021: 6)

Gracias a estas numerosísimas relaciones epistolares⁴ Carmen pudo publicar sus primeros poemas en la prensa local y nacional, más tarde obtener trabajos en el campo editorial (Garcerá, 2019) y poder contar con personajes de relieve que le ofrecieron sus clases en la Universidad Popular de Cartagena, fundada por Carmen Conde y su marido Antonio Oliver en 1932. Gracias a los beneficios obtenidos a través de estas amistades (epistolares y, a veces, personales) ella pudo también devolver las oportunidades recibidas, por ejemplo utilizando su puesto en la editorial Alhambra para promover y publicar otros amigos escritores. Parece evidente, pues, que

Una de las características más relevantes que nos muestra este legado fue la conciencia en Carmen Conde, desde muy temprana edad, de la carta como espacio de sororidad y vehículo de contacto con sus contemporáneas, tanto con las escritoras consagradas como con aquellas que comenzaban, al igual que ella, su andadura literaria. En este sentido, el año de 1927 fue especialmente relevante. (Garcerá, 2021: 6)

2. CARMEN CONDE Y ERNESTINA DE CHAMPOURCIN

Uno de sus intercambios epistolares más importantes fue con la poeta alavesa Ernestina de Champourcin. Importante por la relevancia de la interlocutora, por la amistad que las ató y por la duración de este: de 1927 a 1995, poco antes de la muerte de Carmen Conde. El intercambio más intenso se produce al principio de su amistad, es decir de 1927 a 1931, cuando las jóvenes escritoras se asoman al mundo literario y viven con entusiasmo sus novedades.

⁴ Se cartea, entre otros, con Juan Ramón Jiménez y Gabriel Miró, con Ernestina de Champourcin, Dulce M^a Loynaz, Azorín, los hermanos Quintero, Miguel Hernández, María y Andrés Cegarra Salcedo, Antonio Machado, María Zambrano, Federico García Lorca, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, Luis Rosales, Blas de Otero, Caballero Bonald, Concha Espina, María de Maeztu, Juana de Ibarbourou, Dámaso Alonso, Leopoldo de Luis, Buero Vallejo, Carmen Llorca, Ida Vitale, Octavio Paz, Berta Singerman, José Luis Castillo Puche.

El carteo se inicia cuando Conde todavía reside en su Cartagena natal y Champourcin ya se ha trasladado a Madrid. Posteriormente, la correspondencia continúa durante el periodo en que Conde se encuentra en Madrid y Champourcin en el exilio en la Ciudad de México y concluye con ambas autoras nuevamente en Madrid, tras el retorno de Champourcin a la capital española.

Lamentablemente, se conserva un número limitado de cartas enviadas por Carmen Conde. En contraste, se han preservado en mayor medida las misivas de Champourcin, debido a que Conde no partió al exilio al estallar la guerra civil. A pesar de haber enfrentado dificultades con el régimen franquista –incluido un periodo en el que estuvo oculta, bajo orden de captura–, esta situación no mermó su meticulosa inclinación por conservar y catalogar documentos. Como resultado, se ha logrado mantener la totalidad de las cartas de Champourcin. En cambio, muchas de las cartas enviadas por Conde se han extraviado, en parte debido a las circunstancias de vida de Champourcin, quien durante la Guerra Civil acompañó a su esposo, Juan José Domenchina –secretario particular del presidente de la República, Manuel Azaña– en sus desplazamientos por el país, y posteriormente se exilió, sin posibilidad de conservar íntegramente su archivo personal. No obstante, algunos de los temas abordados por Conde pueden ser reconstruidos a partir de las respuestas ofrecidas por su interlocutora.

En un primer momento, se observa que Ernestina de Champourcin, plenamente integrada en los círculos culturales madrileños, sostenía una correspondencia regular con Carmen Conde, quien residía en Cartagena, a través de la cual la mantenía informada sobre los acontecimientos más relevantes del panorama cultural de Madrid. Le cuenta las intervenciones de los grandes personajes en los círculos que ella frecuenta, como el Lyceum Club, la Residencia de Estudiantes, la Residencia de Señoritas, etc.

Uno de los acontecimientos más significativos que Ernestina de Champourcin comunica a Carmen Conde es la organización, en mayo de 1928, de un recital de poesía femenina. Tal como señala Rosa Fernández Urtasun (2007: 43), en esta correspondencia se evidencia la creciente conciencia de grupo que comenzaba a consolidarse entre las escritoras de la década de 1920. En este contexto, Champourcin describe a Conde las relaciones entre mujeres que se gestaban en espacios asociativos como el Lyceum Club, subrayando la importancia de dichos entornos en la configuración de redes intelectuales y afectivas femeninas:

El viernes o sábado tendrá lugar el ‘torneo poético femenino’ en el Lyceum. Toman parte en él Santa Teresa, sor Juana Inés de la Cruz, Gertrudis Avellaneda, Carolina Coronado, en fin, todas las precursoras y luego... nosotras; es decir, Concha Méndez Cuesta, Rosa Chacel, Josefina de la Torre, Isabel Buendía, Pilar Valderrama, tú y yo. Te daré toda clase de detalles transmitiéndote los aplausos que recibirás sin duda... allí mismo se pondrán a la venta los libros de las que los tengan publicados. ¡Lástima que no puedas enviar algunos ejemplares del tuyo! (Champourcin; Conde, 2007: 81)

Como se puede ver por estas líneas, las jóvenes poetas que frecuentan el Lyceum Club tienen conciencia de quiénes han sido sus precursoras, sienten la necesidad de celebrarlas y también de ponerse en continuidad con ellas, estableciéndose a ellas

mismas como continuadoras de una estirpe de escritoras femeninas que, en cuanto ‘madres’ de las poetisas actuales, atan estas últimas entre ellas en una relación de sororidad que caracteriza la época de los años 20-30 en España.

3. EL ASOCIACIONISMO FEMENINO EN LA ESPAÑA DE LOS AÑOS 20-30

Son estos años de grandes revoluciones en cuanto a la concepción de la mujer en la sociedad y en la cultura.

Como es sabido, las primeras décadas del siglo XX se caracterizan por un notable proceso de agrupación e intercambio entre los autores del momento. Muchos de ellos se integraron en instituciones como la Residencia de Estudiantes o el Centro de Estudios Históricos, participaron activamente en tertulias y celebraciones colectivas – como el homenaje a Góngora en Sevilla, que marca el inicio de la denominada Generación del 27–, y colaboraron en diversas revistas literarias, que funcionaban como espacios simbólicos de encuentro, debate e intercambio de ideas. Entre estas publicaciones destacan *La Gaceta Literaria*, *Revista de Occidente*, *Litoral* (Málaga), *Verso y Prosa* (Murcia), *Carmen* (Santander), *Caballo verde para la poesía* (Madrid, dirigida por Pablo Neruda), así como las Antologías, como la de Gerardo Diego.

La historiografía tradicional ha ensalzado este carácter ‘convival’ de los escritores españoles del periodo, destacando su inclinación por la vida grupal y la formación de redes de amistad. No obstante, durante décadas, tanto los manuales académicos como la crítica literaria han invisibilizado sistemáticamente la participación femenina en este fenómeno cultural. La presencia de las autoras en este contexto, tan relevante para la historia cultural de España, ha sido reducida, en la mayoría de los casos, a menciones tangenciales o a simples anécdotas. Esta omisión ha dado pie a la falsa percepción de que las mujeres no participaron activamente en la vida intelectual de la época, que no frecuentaron los espacios comunes de los varones ni contaron con ámbitos propios de sociabilidad.

Afortunadamente, la historiografía más reciente ha comenzado a rescatar del olvido las relaciones entre escritores y escritoras, así como los espacios públicos y culturales que ellas también ocuparon. En este mismo periodo, las mujeres no solo empezaron a incorporarse al ámbito literario y al espacio público, sino que, al igual que sus colegas varones, crearon y participaron en entornos de encuentro e intercambio, algunos compartidos y otros exclusivamente femeninos.

Con la fundación de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE) en 1907, no solo los varones, sino también las mujeres obtuvieron becas para viajar al extranjero y estudiar en países culturalmente más avanzados. Otras instituciones que favorecieron la incorporación de la mujer en el mundo cultural fueron la Residencia de Señoritas y el Instituto-Escuela, ambos regidos según los principios pedagógicos de la Institución Libre de Enseñanza por María de Maeztu (Cassani, 2021), que más tarde acepta la dirección de la Asociación de Mujeres Universitarias⁵, y en 1926

⁵ Institución fundada para sostener a las pocas mujeres que, en medio de mil dificultades, se atrevían a matricularse en una facultad universitaria, a menudo siendo las únicas mujeres en su clase.

funda el Lyceum Club, un espacio cultural concebido específicamente para mujeres. Esta institución contó con una destacada estructura directiva: María de Maeztu como presidenta, Victoria Kent e Isabel Oyarzábal como vicepresidentas, y Zenobia Camprubí en calidad de secretaria.

Hasta hace poquísimo el Lyceum Club se describía en los manuales como un club que reunía a las esposas o hermanas de intelectuales. Sin embargo su importancia es mucho mayor y denota una precisa voluntad de mutua ayuda entre las mujeres. Declara María de Maeztu al redactor que el 5 de noviembre de 1926 da cuenta de la inauguración del Lyceum en la primera página del periódico *El Heraldo* de Madrid que “es algo más que un centro de recreo lo que se pretende hacer. Se intenta facilitar a las mujeres españolas, recluidas hasta ahora en casa el mutuo conocimiento y la mutua ayuda. Queremos suscitar un movimiento de fraternidad femenina; que las mujeres colaboren y se auxilien” (Sánchez Ocaña, 1926: 1).

4. CHAMPOURCIN-CONDE: UN ESPACIO PRIVADO

Es en este contexto de sororidad, mutua ayuda e intercambio entre mujeres que se coloca el epistolario de Ernestina de Champourcin y Carmen Conde, configurándose como una red femenina más, aunque reservada solo a las dos poetas. Como ha señalado Rosa Fernández Urtasun, la correspondencia mantenida entre ambas jóvenes constituye una vía fundamental para establecer contacto con otros círculos intelectuales, mantenerse informadas sobre los acontecimientos culturales, así como sobre las novedades editoriales que surgían en distintas ciudades. A través de este intercambio, acceden a lecturas, revistas y tendencias literarias, tejiendo así una red cultural e intelectual que les permite trascender los límites de su entorno inmediato. Este flujo epistolar no solo implica el intercambio de información, sino también el envío de libros y publicaciones periódicas, lo que evidencia su interés por el conocimiento y su voluntad de participar activamente en el dinámico ambiente cultural que definió las décadas de 1920 y 1930,

y sin parecerse a un diario, revela la emergencia de un sujeto. Tal como el lugar donde se encuentran les permite gozar de cierta libertad, la carta materializa un espacio en el que la joven mujer puede decirse de otro modo, tomando conciencia al mismo tiempo del yo que va surgiendo a partir de las reflexiones y sensaciones compartidas. Por eso, es relevante el empleo importante del pronombre ‘nosotras’ y de sus variantes, como ‘lo nuestro’: frente a los demás y frente a la sociedad, estas jóvenes se construyen a través de esa unión, o incluso fusión. (Iglesias, 2021: 91-92)

Llama la atención el interés por las otras mujeres artistas contemporáneas, que aprecian y defienden: “De Maruja Mallo, como de toda ‘muchacha moderna’, se cuentan tonterías. Yo no hago caso y aunque solo la he visto dos veces tiene toda mi simpatía. Sale mucho con Concha Méndez, que hace vida de escritor-hombre. Va a tertulias, cafés, etc.”. (Champourcin; Conde, 2007: 195). Este mundo descrito por Ernestina despierta la curiosidad de Carmen, que le pide información con avidez: “¿Eres amiga de Concha Méndez Cuesta? ¿Conoces ya a Rosa Chacel? Cuéntame, asómame, contigo, a lo que no

conozco. Pero me interesas tú más. Envíame versos tuyos, asómame a ti. ¿Quieres?” (83).

En esta época de finales de los años 20 y principio de los 30 se nota el entusiasmo por la poesía de las dos jóvenes (“Siento la poesía ‘en mí’: no acaba de salir fuera”: 187; “Yo ‘quiero’ hacer poemas”: 195⁶) y su afán por definirse, por encontrar una dimensión propia. Abunda en las numerosas cartas de este período el uso de pronombres personales de primera persona, tanto singulares como plurales: “no puedo gastarme el lujo de ser sólo eso: YO” (161).

“Me decías en una carta, no soy más que Yo, solo Yo... a mí casi me ocurre lo contrario; EXISTO pero ese yo que existe rara vez puede SER. Según los otros no tengo derecho a ser ‘yo’. Hay que ser la sociedad, la familia a que se pertenece; y eso no lo queremos ‘nosotras’, ¿verdad? ¡No quieres tú que yo lo sea!” (187).

En una carta fechada 9 de enero de 1929 Ernestina firma, sencillamente “YO” (262).

Este proceso de descubrimiento y afirmación de su propio yo las lleva también a cuestionar el rol social que la mujer ha desempeñado hasta ese momento, percibiendo el aire de novedad que se respira en los ambientes culturales. Las dos se declaran favorables al divorcio y Ernestina incluso demuestra perplejidad ante el deseo de Carmen de casarse: “eres demasiado tú para casarte, como todas, para quedar en una señora burguesa, excelente madre de familia” (165), aunque Carmen aclara que para ella “el amor no es formalización extraña, ni documentos oficiales” (89).

El deseo de escapar a cualquier condicionamiento expresando su propio ser aflora también en una carta de Ernestina de Champourcin del 2 de agosto de 1928: “¿Por qué no podremos ser nosotras, sencillamente, sin más? No tener nombre, ni tierra, no ser de nada ni de nadie, ser nuestras, como son blancos los poemas o azules los lirios” (153).

Es interesante que en la carta subraye la palabra “nosotras” y “nuestras”. Poco después también resalta dos pronombres opuestos: “ellos” y “nosotras”. “Ellos” son los demás, la sociedad, las familias, los que no las dejan ser unas mismas y lo contrario de “ellos” no es “yo”, sino “nosotras”. Esto expresa no solo el compañerismo, la amistad que las unía, sino también su vinculación espiritual con las mujeres intelectuales sus contemporáneas.

Con el uso del pronombre en plural la poeta “trasciende su propia subjetividad para crear una colectividad. De este modo, reformula y reconstruye una identidad social a todas las mujeres poetas” (Fernández Urtasun, 2013: 219).

Los trágicos acontecimientos históricos que siguen alteran violentamente la evolución de sus vidas y de su poética y no es de extrañar que las cartas que Ernestina escribe desde su exilio mexicano tengan un tono diferente, más desencantado y maduro. Después de la guerra civil ya no son jóvenes que descubren el mundo, sino mujeres adultas que han sufrido las consecuencias del conflicto (ambas fieles a la República) y que han tenido que escapar. Champourcin exiliándose a México con su marido, Conde permaneciendo escondida durante más de un año. La primera, en sus cartas a su amiga,

⁶ Las palabras entre comillas simples están subrayadas en las cartas originales.

insiste en lo difícil que es la vida cotidiana en México, en casi todas las cartas hace referencias a los trabajos que tiene que desempeñar para llevar adelante la economía familiar. De hecho, durante años se dedica al trabajo de traductora, no publica libros suyos porque no tiene tiempo, “con traducir aprisa y mal pagado todo lo que se me viene a mano ya tengo bastante” (392). Su marido vive con dificultad su condición de exiliado y el hecho de no poder volver a España (lo tenía prohibido por el régimen por su implicación directa con la República) y parece que se hundió en una “depresión melodramática” que le impedía adaptarse al nuevo país, también a causa de su “egolatría capaz de reducir un desastre nacional a tragedia personal” (Pérez 2009: 35).

El epistolario de las dos jóvenes se convierte en un refugio, en un espacio íntimo de intercambio de informaciones sobre la vida cultural de ambas orillas del Atlántico. Si en la primera etapa de su carteo Conde desde Cartagena pedía informaciones a Champourcin que estaba en Madrid, cuando Ernestina está en el exilio, es ella la que le pregunta a Conde por las novedades literarias españolas: “1948: ¿Conoces a Carmen Laforet? Aquí estamos todos encantados con *Nada*, háblame de ella” (386).

A su vez, Ernestina informa a su amiga sobre los exiliados españoles que residen en México y sobre su relación con España:

Aquí están Emilio Prados, Moreno Villa, Manolo Altolaguirre, Concha, esta pareja dando mucho que hablar y haciendo muchas tonterías, Max Aub dedicado al cine que es lo único que da algo de dinero. Larrea entregado a sus extrañas visiones proféticas, Juan de la Encina, etc., por nombrarte solo a los que creo que conoces. [...]

Yo he pensado dar una vuelta por España, pero creo que ahora están las cosas más difíciles. Lo de volver definitivamente, imposible por ahora; de nuestros amigos no se ha ido más que Lafora, que según parece sí está contento, aunque aquí le iba muy bien. Los que tienen una carrera lucrativa o se dedican a los negocios no pueden quejarse; lo malo es ser simplemente intelectual, pintor, poeta, etc. (bueno, creo que eso es malo en todas partes del mundo).

De María Alfaro leí unos poemas, muy malos, en una antología y veo que la elogian mucho como traductora de Byron. El que está aquí es Rivas Cherif, tratando de hacer teatro selecto; dudo que le vaya bien, pues eso no interesa apenas a nadie. ¿Conoces a Concha Zardoya? Está en Estados Unidos en un colegio; Concha Albornoz también y creo que Luis Cernuda. A Dámaso Alonso se le espera aquí muy pronto. ¿Qué tal es la novela de su mujer? Me han hablado muy bien de ella.

Ya ves que no te escatimo las noticias. Haz tú lo mismo y no tengas en cuenta mi tardanza en contestar. En América se vive con una velocidad que asusta; no hay tiempo para nada. Te abraza tu amiga de siempre:

Ernestina. (388)

La idea de volver a España es algo que está siempre presente en la mente de Champourcin que, por lo que podemos interpretar de sus cartas, empieza a sentirse aislada tanto en México como en la consideración de sus amigos españoles. Conseguirá viajar por España en 1951, pero una vez de regreso a México es evidente que la correspondencia epistolar con Carmen Conde es para ella un espacio importante, un lugar esencial para mantener sus relaciones. En 13 de octubre de 1952 le escribe a su amiga, evidentemente parca en noticias:

Y no eres tú la sola a la que le cuesta trabajo escribir cartas: salvo unas lacónicas misivas de José Luis Cano, de todos los demás no sé nada. Si no fuera por las revistas no nos enteraríamos de

nada de lo que allí ocurre. Pero recibimos *Ínsula*, *Correo Literario*, *Índice* y *Poesía Española*, y no te imaginas con qué ilusión las esperamos. Es una lástima lo que ocurre con esta última. Pudo haber sido una revista preciosa: ¿no crees? Pero, qué falta de selección y de criterio tan enorme... quizá tú sepas a qué se debe.

Le envié a Pita tu libro por Emilio Prados: los otros dos no los tengo aún: espero que me llegue la maleta que tengo en Nueva York. Creo no tardará, pues mi sobrina llegó allí hace tiempo.

Me ha extrañado no ver el nombre de ninguna mujer en el famoso Congreso de Poetas de Segovia: y eso ¿por qué? Me resisto a creer que no os hayan invitado. ¿Es que la poesía es menos poesía por ser de mujeres? Los señores poetas son muy capaces de pensarlo... (391)

La amarga referencia a la falta de consideración por parte de los poetas hombres y la frustración por no ver nombres femeninos entre los encargados de organizar el Congreso de Poetas en Segovia⁷ indica, por una parte, la inmutable solidaridad femenina que siempre alimenta a las escritoras de su generación y por otra parte expresa la incomprensión por parte de ellas de cómo el régimen está, paulatinamente, reduciendo el espacio vital de las mujeres escritoras (y de las mujeres en general).

Las relaciones entre el régimen y la escritura son el tema también de un artículo publicado en México que Ernestina critica con indignación, pero que resulta indicativo del clima literario de su patria, de la cual, es evidente, siempre quiere mantenerse al tanto:

¿Leíste ese absurdo ensayo sobre la Literatura actual en España que se publicó en *Cuadernos Americanos*? No hay derecho a escribir así y con ese desconocimiento de causa y esa ligereza. Siento de veras ahora no tener un lugar donde pueda yo dar mi auténtica impresión de la España literaria. Algún día será. (392)

Es de suponer que Champourcin se refiera al artículo “La literatura española bajo el signo de Franco” de José Moncisor, publicado ese mismo año (Moncisor, 1952). En él, el escritor y crítico literario mexicano sostiene que las características principales de la literatura española de los años 50 son “pesimismo, amargura, fatalidad y derrotismo” (Moncisor, 1952: 26). Según su opinión, si en los años sucesivos a la guerra civil todavía se podían encontrar temas amorosos y más optimistas en la literatura de la península, “a medida que el régimen franquista ha ido acentuando su dominio sobre la vida del país, la desesperación, el dolor y la muerte, se han convertido en los temas obligados de los escritores españoles” (Moncisor, 1952: 26), como reflejo del desengaño y de la amargura difundidos en la España dictatorial. El autor del artículo pone varios ejemplos para demostrar su tesis y también se refiere a la novela de Carmen

⁷ Los poetas encargados de organizar el congreso fueron Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Eduardo Carranza, Gerardo Diego, Agustín Foá, Leopoldo Panero, José María Pemán, Carlos Riba, Dionisio Ridruejo, Luis Rosales y Rafael Santos Torroella. A ellos se añaden, en un segundo momento, José María Alonso Gamó, Miguel Arteche (Chile), Claude Aubert (Suiza), Carlos Bousoño, José Luis Cano, Gabriel Celaya, Eduardo Cote Lamus (Colombia), Guillermo Díaz-Plaja, Antonio Fernández Spencer (Santo Domingo), José García Nieto, Ildelfonso Manuel Gil, Fernando Gutiérrez, José Hierro, José María Janés, Charles David Ley (Inglaterra), Leopoldo de Luis, Eduardo Llorent y Marañón, Ernesto Mejías (Nicaragua), Eugenio Montes, Rafael Morales, Alfonso Moreno, José Antonio Muñoz Rojas, Carlos Edmundo de Ory, José Suárez Carreño, Adriano del Valle, Héctor Guillermo Villalobos (Venezuela), Luis Felipe Vivanco y Edmond Vanderkammer (Bélgica).

Conde *En manos del silencio* (Conde, 1950) que el crítico comenta con mordaz y cortante ironía, ya que, según él, “no pasa de ser una novela salpicada de suciedad” (Moncisor, 1952: 36).

Llama la atención la actitud de sororidad de Champourcin, que, otra vez, quiere ‘defender’ a su amiga y con ella a todas las mujeres escritoras, continuando la tendencia desarrollada en España a partir de los años 20, todavía presente en las mujeres de esta generación. Limitándonos a las autoras que nos ocupan, señalamos que Carmen Conde edita una *Antología de mujeres poetas españolas vivientes* (Conde, 1954) e incluye poemas de Ernestina de Champourcin. Más adelante publicará otras antologías de poesía de mujeres españolas e hispanoamericanas (Conde 1967b, 1967c) en un esfuerzo por preservar su visibilidad y legado literario. En sus memorias Conde también habla de una invitación que recibió para asesorar a la discográfica RCA en la realización de un disco sobre ‘poetisas españolas’. Ella sería una de las poetisas incluidas y debería sugerir los demás nombres: “¿Poesía..., y qué? Poetisas... ¿las conoce alguien, en ellas mismas y no en relación con los poetisas? No hay seriedad en las relaciones hombre-escritor y mujer-escritora. Y, no lo digo por mí, porque ya impuse mi ‘tipo’” (Conde, 1986, III: 143).

Por su parte, Ernestina también incluye a Carmen Conde en su libro autobiográfico, *La ardilla y la rosa (Juan Ramón en mi memoria)* (Champourcin 1996), en el cual evoca los momentos de inspiración poética que las dos mujeres compartieron, unidas por su admiración por Juan Ramón Jiménez: “Me vienen a la memoria los ratos que pasamos Carmen y yo en su estrecho y modestísimo cuarto de la Residencia de Señoritas, mirando a los pájaros en los árboles del jardín y recitando llenas de entusiasmo aquello de ‘Cantan, cantan,/¿dónde cantan los pájaros que cantan?’” (Champourcin, 1996: 45).

En este escrito autobiográfico, Champourcin mezcla recuerdos personales y consideraciones estéticas, remarcando su deuda espiritual con el poeta de Moguer. Definirse discípula de Juan Ramón Jiménez, en ausencia de personalidades importantes femeninas, significa para Ernestina ponerse, junto a los poetas masculinos, en la línea de la gran poesía contemporánea, demostrando que las mujeres poetas merecen la misma consideración que los varones. En su libro comenta el gran florecimiento de la poesía escrita por mujeres, con una cierta dosis de solidaridad femenina y de sarcasmo hacia los hombres:

Las mujeres en esa época escribían poco, apenas nada. Y de pronto ven la luz pública junto a *En silencio...*, mi modesta colección de poemas, *Sembrad...*, de Cristina de Arteaga, y *Poesías*, de María Teresa Roca Tagores. Esto pertenece a la chismografía madrileña, pero tiene cierta gracia, sobre todo por su relieve en los cotarros masculinos. Según ellos, aquellos libros no podían ser nuestros: éramos mujeres. (Champourcin, 1981: 12)

Incluso la amistad con Juan Ramón Jiménez, evocada por Champourcin con delicadeza en su libro autobiográfico, se convierte en una oportunidad para reforzar la solidaridad entre mujeres. En las primeras cartas dirigidas a Carmen Conde, Champourcin le confiesa haber mostrado al poeta de Moguer algunos fragmentos de su

correspondencia, con el propósito de que apreciara la calidad literaria de la prosa de Carmen. A partir de ese gesto, la figura de Juan Ramón Jiménez se transforma en un vínculo simbólico que contribuye a estrechar aún más la relación entre ambas escritoras.

Resulta significativo que la última carta de su epistolario se refiera justamente al maestro. Se trata de una postal con un retrato de Juan Ramón Jiménez hecho por Sorolla que Carmen le envía a Ernestina en diciembre de 1995 desde Moguer, con la frase: “Un abrazo y todos mis deseos para tu paz desde esta tierra que tan querida nos fue en J.R.J. Tuya. Carmen” (Champourcin; Conde, 2007: 406). Una amistad larga y constante durante todas sus vidas (“Siempre te quise, desde nada menos que 1929”, le escribe Conde a Champourcin en 1988: 405) que se vuelve paradigmática del sentido de unión y ayuda mutua que aunó a las mujeres nacidas al principio del siglo y que se desarrolló en las décadas sucesivas, convirtiendo sus escritos, especialmente los autobiográficos, en un espacio íntimo y a la vez reivindicativo de una realidad política y cultural que pudo ser con la República y que continuó a vivir en las protagonistas de esa época si no en la esfera pública, por lo menos en la privada.

La literatura del yo para una escritora silenciada en cuanto exiliada o contraria al régimen, no obstante las estrategias literarias que la construyen, se vuelve un importante territorio de sinceridad, de expresión de su verdaderas opiniones políticas y culturales.

A menudo en sus memorias (que, recordemos, recogen textos de varias épocas, pero se publicaron después de la muerte de Franco) Carmen Conde se queja de lo difícil que es vivir en un país del cual no se comparte la ideología, un país “gobernado por el resentimiento” (Conde 1986, I: 219).

Por ejemplo, en un capítulo fechado 23 de noviembre de 1940, describe con dolor la percepción de España que se tiene desde el exilio. La reflexión de la escritora arranca de la lectura de un libro de Azorín, que escribe sobre España desde París. Sus personajes, según la escritora, no pueden hablar de la patria porque:

Ninguno de ellos sabe nada de España. De España solo tenemos derecho a hablar los muertos, los presos, los escondidos, los heridos, los desengañados, los tristes, los exhaustos... Es decir y con nombre sugerido por el mismo Azorín: ‘Los Españoles en España’. [...] Tampoco estaría mal añadir a este primer nombre derivado del de Azorín, mi subnombre: ‘Españoles en España, sin casa’. (Conde, 1986, I: 212-213)

En efecto, en esta primera época del franquismo Conde vive prácticamente escondida y España ya no le parece su casa:

Los que se fueron al extranjero tendrían nostalgia, tendrán nostalgia, pero les queda el *consuelo* de que la patria está lejos. Mas ¡ay! de los que estando aquí, somos *extraños* a España, no vivimos con ella ni en ella: huéspedes forzosos y forzados de las casas y de la tierra misma [...]. La separación por distancias físicas no es tan horrible como la de distancias espirituales. La patria no es la patria si la vivimos escondidos, encarcelados, perseguidos. Lejos suyo, podemos imaginarla más bella y fácil.

¡Qué angustia la de la interior expatriación! (Conde, 1986, I: 214)

Si con el tiempo la poeta conseguirá reconstruir su vida social gracias a una postura discreta y no beligerante, nunca consiguió asimilarse a la España franquista. Por ejemplo en sus memorias habla del “robo” político que sufrió su marido Antonio Oliver en 1967, cuando le prefirieron otro candidato en una oposición académica porque “Antonio no pertenecía, ni yo, al ‘régimen’ poderoso” (Conde, 1986 III: 132).

Cuando, después de la muerte del dictador, la poeta recibe el honor de ser la primera mujer admitida en la Real Academia Española, no sorprende que las primeras palabras de Carmen Conde en su discurso de ingreso sean justamente para las mujeres que la precedieron, que nunca tuvieron reconocimientos importantes pero que con su tenaz labor hicieron posible este logro para ella:

Señores académicos: Mis primeras palabras son de agradecimiento a vuestra generosidad al elegirme para un puesto que, secularmente, no se concedió a ninguna de nuestras grandes escritoras ya desaparecidas. Permitid que también manifieste mi homenaje de admiración y respeto a sus obras. Vuestra noble decisión pone fin a una tan injusta como vetusta discriminación literaria. (Conde, 1979)

5. CONCLUSIONES

En las décadas de 1920 y 1930, comenzaron a abrirse en España espacios hasta entonces impensables para las mujeres, quienes, alentadas por un incipiente espíritu de sororidad, supieron acompañarse y apoyarse mutuamente en su incorporación al ámbito literario, tradicionalmente dominado por varones. La Guerra Civil, el exilio y la instauración de la dictadura truncaron esta etapa de efervescencia cultural. No obstante, muchas autoras lograron preservar, en el ámbito privado, redes de contacto que mantuvieron vivas a ambas orillas del Atlántico.

En este contexto, el epistolario entre Carmen Conde y Ernestina de Champourcin se configura como un espacio virtual y transnacional en el que ambas escritoras intentan sostener el clima de intercambio intelectual que cimentó su vínculo de amistad.

Paralelamente, otro tipo de escritura del yo –las memorias– les permitió construir una imagen de sí mismas y dejar testimonio de su trayectoria. Champourcin reafirmó en ellas su filiación literaria con Juan Ramón Jiménez, integrándose simbólicamente en un linaje de mujeres poetas por él valoradas; por su parte, Carmen Conde encontró en la escritura memorialística una vía para expresar una identidad y unas convicciones que el espacio público del franquismo le negaba. En definitiva, la escritura autobiográfica de Carmen Conde y Ernestina de Champourcin se revela como un acto profundamente político y al mismo tiempo afectivo. A través de cartas, diarios, memorias fragmentarias y versos, ambas autoras construyen una red de significados íntimos que trasciende la mera experiencia personal para convertirse en testimonio colectivo de una generación silenciada. El uso consciente del ‘nosotras’, la voluntad de tejer vínculos más allá del tiempo y la distancia, y la obstinada preservación de la memoria femenina en tiempos de exilio y censura, describen una forma de escritura que es también una forma de resistencia.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, Dámaso (1952): *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid: Gredos.
- CABALLÉ, Anna (2021): “Amor clandestino”, *El País, Babelia*, 20 de agosto.
- CASSANI, Alessia (2021): “María de Maeztu: los conflictos de la hora actual”, en Carme Gil Fombellida; Larraitz Ariznabarreta (coord.): *Exilio y humanidades. Las rutas de la Cultura. Ochenta años después*, San Sebastián: Hamaika Bide Elkarte, pp. 125-140.
- CEGARRA SALCEDO, María; Carmen CONDE (2018): *Epistolario: (1924-1988)*, Madrid: Torreozas.
- CHAMPOURCIN, Ernestina de (1981): *La ardilla y la rosa (Juan Ramón en mi memoria)*, Madrid: Los libros de Fausto.
- CHAMPOURCIN, Ernestina de; Carmen CONDE (2007): *Epistolario (1927-1995)*, Madrid: Castalia.
- CIPLIJAUSKAITÉ, Biruté (2004): *La construcción del Yo femenino en la literatura*, Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- CONDE, Carmen (1950): *En manos del silencio*, Barcelona: Plaza.
- CONDE, Carmen (1954): *Poesía femenina española viviente. Antología*, Madrid: Arquero.
- CONDE, Carmen (1967a): *Obra poética (1929-1966)*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- CONDE, Carmen (1967b): *Once grandes poetisas americanohispanas*, Madrid: Cultura Hispánica.
- CONDE, Carmen (1967c): *Poesía femenina española: (1939-1950)*, Barcelona: Bruguera.
- CONDE, Carmen (1979): *Poesía ante el tiempo y la inmortalidad* (discurso de ingreso de Carmen Conde en la Real Academia Española).
- CONDE, Carmen (1986): *Por el camino, viendo sus orillas*, Barcelona: Plaza y Janés.
- CONDE, Carmen (2021): *Poemas a Amanda*, Madrid: Torreozas.
- CONDE, Carmen; JUNQUERA, Amanda (2021): *Epistolario 1936-1978*, Madrid: Torreozas.
- FERNÁNDEZ URTASUN, Rosa (2007): “Introducción”, en de Ernestina Champourcin; Carmen Conde: *Epistolario (1927-1995)*, Madrid: Castalia.
- FERRIS, José Luis (2007): *Vida, pasión y verso de una escritora olvidada*, Madrid: Temas de Hoy.
- GARCERÁ, Fran (2019): “‘Todos aquellos que tengamos alas’. Carmen Conde y María Cegarra Salcedo: Colaboración literaria y editorial a través de su legado epistolar (1924-1982)”, *Lectora*, 25, pp. 135-150.
- GARCERÁ, Fran (2021): “Una estrella inamovible: Carmen Conde y Amanda Junquera a través de su epistolario y otra documentación personal”, en Carmen Conde; Amanda Junquera: *Epistolario 1936-1978*, Madrid: Torreozas.
- GODOY PEÑAS, Juan A. (2021): *Memoria, identidad y literatura del yo*, Sevilla: Renacimiento.
- IGLESIAS, Lina (2021): “Ernestina de Champourcin y Carmen Conde: el epistolario de dos mujeres y dos poetisas”, en María Teresa Navarrete Navarrete; Laura Lozano Marín (eds.): *Redes literarias en la poesía española del primer tercio del siglo XX*, Madrid: Visor Libros, pp. 85-99.
- MONCISIDOR, José (1952): “La literatura española bajo el signo de Franco”, *Cuadernos Americanos*, 3, pp. 26-48.

- PÉREZ, Janet (2009): “El exilio político femenino de la guerra civil española”, en Mónica Jato; Sharon Keefe Ugalde; Janet Pérez (eds.): *Mujer, creación y exilio (España, 1939-1975)*, Barcelona: Icaria.
- MONTIEL RAYO, Francisca (2018) (ed.): *Las escrituras del yo. Diarios, autobiografías, memorias y epistolarios del exilio republicano de 1939*, Sevilla: Renacimiento.
- POZUELO YVANCOS, José María (2006): *De la autobiografía: teoría y estilos*, Madrid: Crítica.
- SÁNCHEZ OCAÑA, Vicente (1926): “El primer club de mujeres en España. Queremos, dice su presidenta, suscitar un movimiento de fraternidad femenina”, *El Heraldo*, 5 de noviembre.